

## tiempo de Federica

• JUAN CARLOS BRIE

**E**XISTÍA verdadero interés en conocer la obra consagrada con el premio "Teatro Municipal San Martín" que, a su elevado monto (el más alto otorgado hasta el presente a una pieza teatral en nuestro país), unía la recompensa de la puesta en escena.

Acrecentaba la curiosidad del público la circunstancia de un fallo discutido, en el que la disparidad de criterios fue resuelta, en última instancia, por el voto de Armando Discépolo, precisamente el hoy director de "Tiempo de Federica".

Basado en un cuento de la misma Luisa Mercedes Levinson, "Los dos Hermanos", "Tiempo de Federica" propone un conflicto entre dos mujeres, cada una de las cuales representa una civilización (más bien una cultura) diferente: Federica, la europea refinada, ambiciosa, cruel; Encarna, la sumisa, bondadosa, paciente hija de la tierra del norte argentino.

Decimos que la obra propone un conflicto, porque tan sólo llega a eso. Carece de desarrollo, interés argumental y fuerza dramática para llegar a concretar una situación teatralmente válida. En homenaje a quien esto lea, nos abstendremos de relatar el nudo argumental, alambicado e inverosímil. Solamente haremos referencia a un hecho: Federica suele desplazarse, en plena selva misionera,

con vestido de cola (pese al calor y los mosquitos que, según autores insospechables, la pueblan), entonando canciones de Wagner.

Pero no son estas incongruencias las que descalifican la pieza. Si algo impera en ella es, para decirlo concretamente, lo cursi. Cursi es el planteo, cursi es la protagonista, cursi la definición. También son cursis los parlamentos (—Estoy sola, con mis glándulas atronadoras!), cuando no galimáticos (—Respirar la nada, es respirar un poco de Dios...).

La falta de definición psicológica de los personajes, se refleja en cosas como ésta: Encarna, la sufrida e inverosímil esposa-sirvienta de Otto Kruger, se lamenta durante medio primer acto de la muerte de su madre, en estos términos: "—Se ahugó la mamá...". Luego, cuando Rosendo, el mensú a quien ella quiere, le anuncia su huida, en un raptó de enajenación poética (o lo que sea), le dice: "—Cuando te vas, se me muere la sangre...".

Este tipo de desaciertos puebla la obra hasta más allá de la paciencia y buena voluntad del espectador, a tal punto que son frecuentes los comentarios risueños en alta voz, así como el éxodo antes del telón salvador.

La puesta en escena corresponde a Armando Discépolo y carece de atenuan-

tes. No hay tonos, no hay movimientos, no hay hondura. Tiene, además, fallas imperdonables. El teatro es convención. Donde hay dos maderas verticales y un travesaño que las cruza, hay una puerta. Ergo, donde no hay tales elementos, no hay puerta. Los personajes de Discépolo atraviesan las paredes con una frecuencia y naturalidad estremecedora, como algún personaje de Camí, con la diferencia que aquí lo hacen seriamente.

Los intérpretes nada pueden hacer con el texto y la dirección que les ha tocado en suerte. Fernando Labat y Eva Dongé luchan por dar convicción a sus personajes, sin lograrlo. Teresa Blasco está apenas discreta en un papel primitivo. Juan Carlos Palma, como Rosendo, el mensú, es el único que puede sacarle un poco de jugo a su parte. El resto, anodino.

El vestuario de Bergara Leumann es aceptable, excepto en lo que se refiere a Federica. Ignoramos si por exigencias del texto, la protagonista se ve obligada a exhibir un suntuoso vestuario en medio de la selva, lo que resulta, además de incómodo, sumamente gracioso.

La escenografía de Juan Mario Vasta, elemental.

Como "Tiempo de Federica" ha sido premiada en un concurso oficial, cabe

inferir que las restantes piezas son inferiores, lo que, automáticamente, nos autoriza a suponer que vivimos en un país donde la palabra teatro es aún desconocida y donde hay una absoluta carencia de valores en el género. Ahora bien, después de vista "Tiempo de Federica", tuvimos oportunidad de leer varias de las obras postergadas que son, a nuestro juicio, superiores. No es nuestro deseo traer a esta página cuestiones marginales; solamente queremos dejar sentado que, cuando hay un premio oficial, hay que velar por que se dé a la mejor obra, sea de quien sea. Si no existe ninguna merecedora del galardón, que se la declare desierta.

Hay, afortunadamente, en el país, gente capaz de escribir y hacer teatro. Solamente esperan una oportunidad. No se la escatimemos ni nos compliquemos con el silencio.

Como una refirmación de lo que digo, al mismo tiempo que como una evidencia de la falta de equidad artística que nos gobierna, destaquemos que Delia Garcés, en el minúsculo teatro Candilejas, demuestra que cuando hay talento, devoción y fe, no se necesita otra cosa para brindar el milagro de una representación maravillosa. ♦

**arte**

## julio leonello muñeza: grabado y grabador

● HORACIO JUAN SAFONS

**D**ESDE aquellos días sin número, en los cuales el hombre "garabateaba" en la piedra, puede hablarse del grabado. Desde ese remotísimo ayer, hasta este hoy deslumbrante de conquistas técnicas y expresivas, pueden señalarse muchas obras y muchos nombres.

Grabar es separar, hender, sustraer materia de cuerpos duros, madera, metales, huesos, piedras...

Grabar en hueco (metal) con el agudo deslizar del buril o el negro corrosivo del ácido.

Grabar en relieve (madera) con la gu-